



400/9



**30**  
CTS

**UNO QUE SE HA DIVERTIDO.**—Vengo del baile de máscaras. Me he gastado mil pesetas en «ci». Mi mujer se ha pasado la noche bailando con otro. Yo, dando vueltas por el salón con este trajecito. ¡Y dicen algunos que hice el ridículo!... ¡¡Envidiosos!!

(Dibujo de Montag)

¿QUERÉIS PASAR UN BUEN RATO?

Leed

“Estrellas y Bólidos,,

o

“Cupletistas y Mamás,,

del popular escritor festivo ADOLFO SANCHEZ CARRÉRE

Ilustraciones de TOVAR

4 pesetas. En las principales librerías.

Pedidos al autor: PEZ, 32, 2.º dcha.

TEATRO DE APOLO

EMPRESA FRANCISCO DELGADO

¡SENSACIONAL ACONTECIMIENTO!

PRESENTACIÓN DE LA GRAN COMPAÑIA ARGENTINA

RIVERA—DE ROSAS

COMEDIAS REGIONALES

CANTOS TÍPICOS

DANZAS DEL PAÍS

REVISADO POR LA CENSURA MILITAR



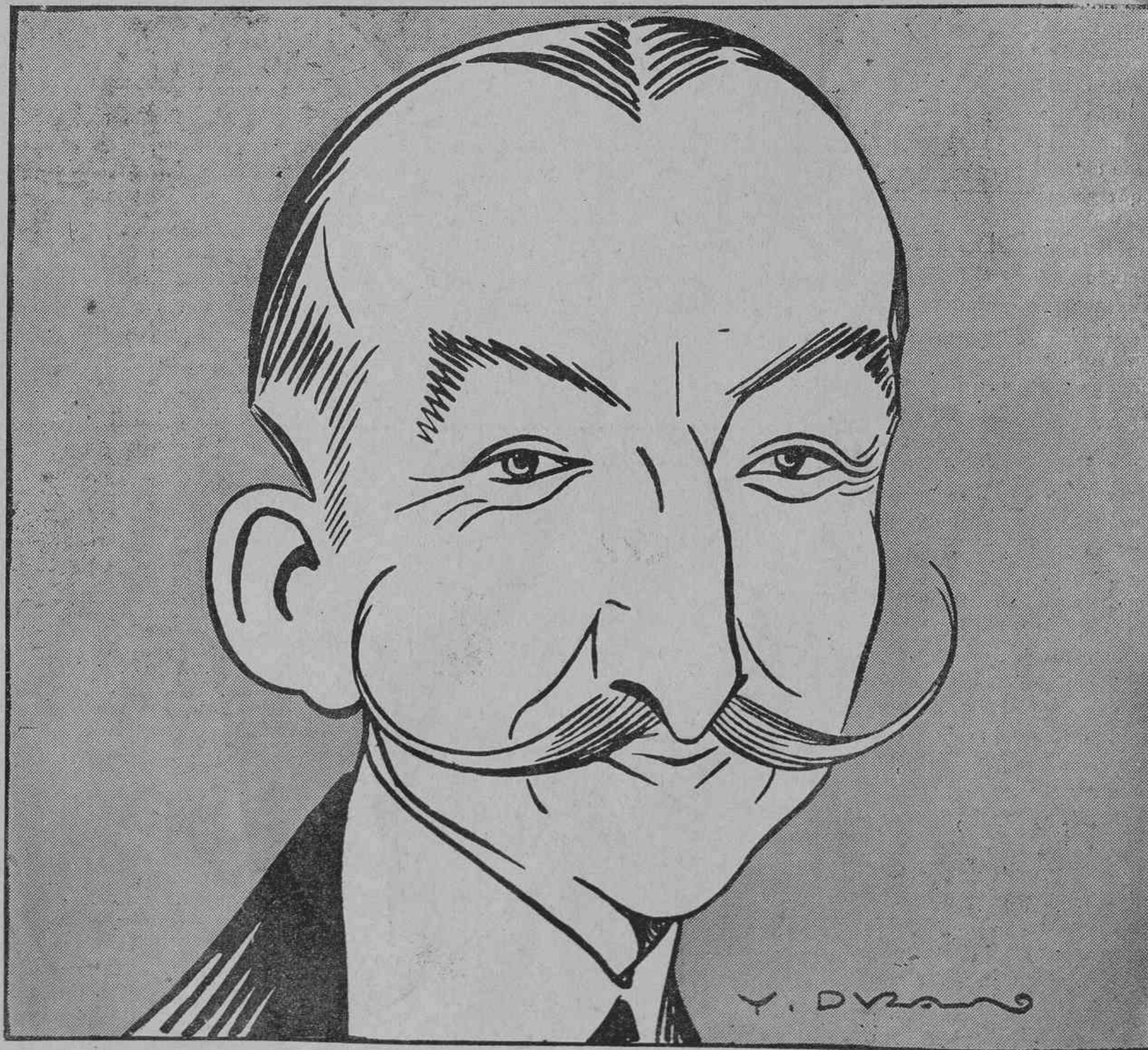
# Madrid Cómico.

30  
Cts

Año 1923 = Madrid, 15 de Diciembre = Número 4

Redacción y Administración: Campomanes, 11, ent.º izqda.—Apartado de Correos 12.155

## NUESTROS AUTORES



*PEDRO MUNOZ SECA  
No es raro que se haga rico  
confeccionando un sainete,*

*una tragedia o un juguete,  
porque esto para Perico  
es cuestión de un «periquete».*



DE TODO UN POCO

Se acercan los días más solemnes de todo el año, esos días en que, encarándose uno con el estómago, le pregunta solícito: ¿Te gustan toda esta clase de porquerías azucaradas? ¿Sí? Pues voy a rellenarte de ellas hasta que se te salgan por la boca.

Dicho y hecho: en la conmemoración de las «Felices Pascuas» se atraca uno a reventar, y cuando ya está en plena posesión de un cólico de figuritas de mazapán, es cuando se le ocurre preguntarse a sí mismo: —La verdad es que no sé qué analogía puede tener el que haya nacido el Niño con que yo me atraque de guirlache.

Los solemnes días, que se aproximan a pasos agigantados, son de lo más alegre y emocionante que puede ofrecerse a la Humanidad. Es la época de zumbear la pandereta y de recibir regalos a cambio de los favorcillos que ha realizado uno durante el año.

—¿Tú crees que enviarán a'gún pavo este año?

—O la gente es más cochina que una servilleta en sábado, o no solamente verás entrar por esa puerta un pavo, sino varios de ellos. ¿No te acuerdas de lo bien que te has portado con el tío Ismael?

—¿Cuando el divieso?

—Exactamente. Tú le cuidaste, le pusiste los emplastos, le contaste chistes y chascarrillos para que pasara las horas entretenido, y, por último, te encargaste de despachar al médico. Todo eso bien merece una recompensa.

—Quizás se acuerde de mí al hacer el testamento.

—Sí, pero mientras tanto que te dé algo a cuenta y un pavo, ya es algo.

Desde estos días hasta que pasen las Pascuas, todos estamos pendientes de la campanilla anunciadora de visita o regalo.

—¿No ha venido nadie?

—Sí, un repartidor de entregas para ver si te querías suscribir a *Los catorce hijos del verdugo*.

—¿Nada más?

—¿Te parecen pocos catorce?

—Quiero decir si no he tenido ningún regalo o recuerdo en especie.

—Nada.

—¡Caray! ¿Si se me presentarán estas Pascuas más tristes que un gabán de pelo largo?

Esta es la única ilusión y la única idea fija que nos asalta al ver venir los días solemnes que hemos de tener ante nosotros dentro de muy poco. Porque por acá somos más rutinarios que un apuntador de teatro, y el resto del año podremos dejarnos invadir por la tristeza y el mal humor, pero en los días vecinos, de ninguna manera. La alegría, el bullicio y la algazara nos esperan con los brazos abiertos, y no es posible, ni por un instante, que la más leve sombra empañe nuestro contento.

Hay quien está todo el año a matar con la portera, y espera estos días para orillar dificultades y olvidar disgustos.

—Mire usted, Cipriana: yo no quería decirle nada, porque su genio de usted no es para darla coba; pero es una tontería que estemos disgustados porque yo haya opinado que es usted cochina y chismosa.

—Es que hay cosas, don Felipe, que la molestan a una; porque una, aunque portera, tiene su puntillo de amor propio.

—Muy bien hecho, y el meterse de portera es tan respetable como una cátedra en la Facultad de Filosofía. Ya ve usted: San Pedro es portero y santo; conque no le digo más. Así es que en estos días no hay que estar enfadados, y me hará usted el obsequio de aceptar un besugo que la enviaré para que celebre las Pascuas.

—Muchas gracias; ya veo que usted, a pesar de todo, no se olvida del besugo y las botellas.

—¿Qué botellas?

—Las que seguramente ha de enviarme con el pez ése. Tiene usted razón: los días que vienen son muy solemnes, para que nos entristezcamos.

Así debe ser. La Humanidad se aproxima hacia una fecha en la que no es posible tener el menor momento de mal humor ni la más insignificante molestia.

No faltaba más sino que, mientras centenares de individuos andan por ahí tocando el tambor o la pandera, hubiese otros que estuviesen retorciéndose de dolor de estómago y metiéndose el pico de la mesa por el indicado sitio de su persona.

¡Preparémonos a recibir a las Pascuas con la solemnidad y alegría posibles!

Y si es con dinero, muchísimo mejor.

A. R. BONNAT



—Bueno, ¿le traigo el tercio?

—No me hable del tercio, porque temo a la Guardia Civil y me hace muy mal tercio.

## PERDIGONES

Los futbolistas de *Hervás* piensan con los de *Amorós* almorzar en el *Palás*...  
Pues como no haya *pa-tós* estoy viendo que hay *pa-tás*.

Hoy, por los viajes reales, se ha puesto en moda Paloma, una *chatita rubiales* que todo *en furia* lo toma, pues sabe hacer *cardenales* y tiene la nariz *roma*.

En Madrid será ilusorio acariciar el proyecto de un río que vaya recto al mar, de riqueza emporio. Mas si no hay *río-directo*, hay, en cambio, *directo-río*.

Martina, la carbonera, ha puesto tanta ilusión en la unión italo-ibera, que, al despachar a cualquiera una sera de carbón, dice por salutación: «Bona sera».

«¡Está hablando!», dijo Esther, de Estella un retrato hallando en *El Liberal* de ayer... Yo soy de igual parecer. ¡Está blando!

Cadenas no cobra apenas. Su negocio es una muerte. Y la causa de sus penas es que «Roma se divierte» sin pagar nada a Cadenas.

Chicote, que a ser empieza edil, no *chupa del bote*, ni hay quien le gane a *pureza*; porque decid con franqueza: ¿Qué hay más *puro* que *chicote*?

Porque hambrienta la encontré a Paca, mujer de Blas, al templo a orar la llevé; le di un terrón además, y así al salir exclamé:

«Vamos, no me negarás que hoy dinero no tendrás, pero tienes *Paca-fé*».

Anoche vi una *murga* de ex funcionarios en la que figuraban próceres varios. ¿Que qué es lo que tocaban sus excelencias? Tocaban... *de su mando las consecuencias*. Templaba muchas *gaitas* don Manolito;

Maura se desvivía por tocar *pito*. Y el Conde y el Melquiades, almas sencillas, como tocar no pueden las *campanillas*, salían (en defensa del Parlamento) en la plaza de Oriente *por peteneras*; y un pobre secretario de Ayuntamiento se arrancaba..., ¡es muy justo!, *por carceleras*.

Javier DE BURGOS



—¿Qué precios tienen ustedes?  
—Pues cincuenta céntimos corte de pelo y un real afeitado.  
—Bueno, entonces me va a afeitar la cabeza, ¿eh?

# CHILINDRINAS

## I

Después de varios cursos de galanteo y tener su novela correspondiente, ha logrado casarse la *Pitorreo...* con un pardillo virgen, naturalmente.

Hoy ha sido la boda de la citada, y ¡ay, qué risa me ha entrado cuando la he visto! Pues le caía el ramo de inmaculada como un traje de luces a Jesucristo.

Las hay tan frescas,  
que van a desposarse  
muy pintorescas.

## II

A pesar de que hay mozas angelicales, hacendosas, honestas y muy bonitas, que harían tan dichosos a los mortales, pues nada: no se casan las pobrecitas.

El caso me lo explico de esta manera, al hacer sobre el caso mis reflexiones: tiene que haber hoy mucha mujer soltera, porque van en aumento los... solterones.

Por las señales,  
debieran gastar faldas  
ciertos mortales.

## III

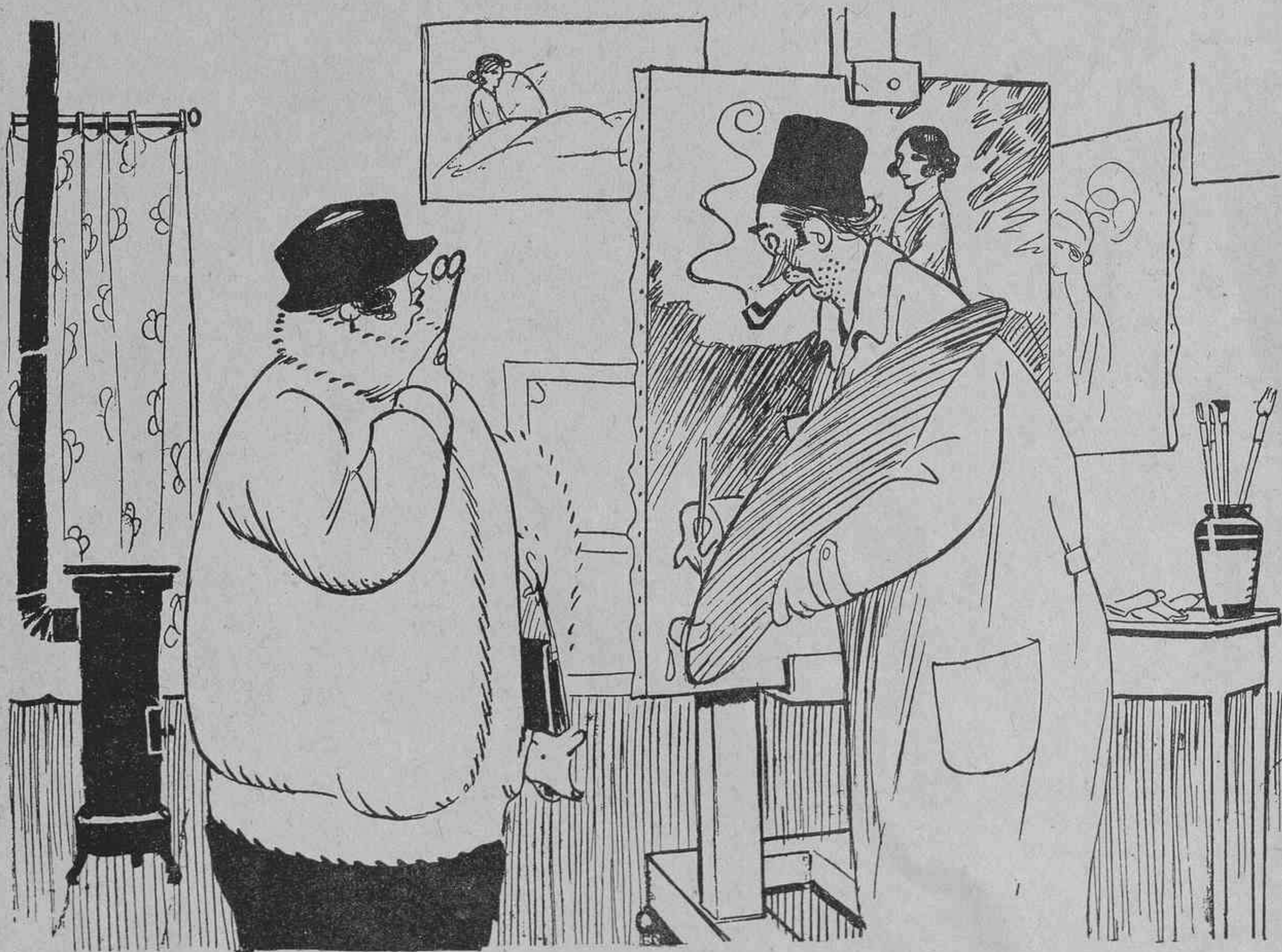
Me ha dicho hoy una amiga recién casada, pues se casó el domingo precisamente:

—Chica, pasé una noche tan desvelada, que yo no pegué el ojo materialmente.

Y ayer, al referirle tal tontería a otra que se ha casado con buena estrella, me dijo sonriendo que a ella le había ocurrido lo propio la noche aquélla.

Bien dice un loco,  
que en la noche de boda  
se duerme poco.

Eustaquio CABEZÓN



*DISCULPA INGENIOSA.*—Me extraña, señora, que no encuentre usted bien en este retrato a la «Bella Rabanitos», cuando todo el mundo dice que «está hablando».  
—Por eso precisamente no me gusta. Ya sabe usted lo mal que habla la pobrecita.



ENTRE EX CONCEJALES

—¿Conque vas a ingresar en la cárcel?  
¡Parece mentira!  
—¿Y tú?  
—Yo... he salido ahora.

ESTILOS

(Por Adolfo Sánchez Carrére.)

PEREZOSAS

Si Pérez me llamo yo  
y a pergeñar estas cosas  
tan vagas Pérez osó,  
que las llame *perez-osas*  
es muy lógico. ¿Sí o no?

Se comió una col entera  
el sochantre Melchor Quitis,  
y el doctor Paco Bertera  
dice que es fácil que muera  
Melchor de *entero-colitis*.

Por ver las muchas  
y altas palmeras  
que de Elche existen  
en las afueras  
(y la campaña  
les he indicado  
porque en las casas  
no hay arbolado),  
a Elche, en segunda,  
fué con su esposa  
mi compañero  
Jesús Folgosa,  
que teme al frío  
más de la cuenta  
y el calor busca

con la parienta.  
Por tal motivo,  
¡motivo tétrico!,  
Jesús fué a Elche  
con kilométrico.  
Allí el sol dicen  
que en el verano  
pica bastante  
porque es *elchano*.  
De Elche volvieron  
ya, y se asegura  
que ella se queja  
con amargura  
porque aquel clima  
meridional  
sentó a la pobre  
muy mal, muy mal.  
No es, pues, chocante  
que la señora  
con pena y rabia  
se queje ahora,  
y aunque la escuche  
Lino Campelche,  
diga al esposo:  
— ¡Jesús, qué Elche!

Ayer, lectores, a mi oficina  
llegó una carta de Sarnachina,  
donde, en estilo poco bucólico,  
pide al Altísimo que me dé un cólico  
de los cerrados con llave inglesa.  
¿Por qué me tiene la rabia esa?  
Voy a decíroslo en voz muy baja,  
porque se altera y se desencaja  
cuando en mis pésimos decasilabos  
inventó algunos «apellidílabos»  
que no los puede hallar ni en Pentápolis,  
ni aunque se vaya luego a Mineápolis;

lo cual es truco para, en la Alcarria,  
largarle un verso a Pura Cascarria,  
y decir luego que el novio, en Móstoles,  
le hace la rosca a Camila Apóstoles,  
y que al saberlo el cura de Chércoles,  
le mandó al huerto con Paco Gércoles,  
que es un notable perito agrónomo,  
sobrino auténtico del cura ecónomo.  
También protesta, desde la Almunia,  
de inventos tales Luis Carne y Unia,  
y se incomoda el hijo de Eustaquia,  
que está de pinche en Checoeslovaquia,  
y se enfurece medio Universo  
porque así escribe cualquiera en verso.  
Viendo el furor que se me dispensa  
salgo, señores, en la defensa  
de mis inventos, hartos inocentes,  
y así en voz alta digo a las gentes:  
¿No les parece a ustedes magnífico  
que inventen muchos un específico  
nipón o ruso que, al que lo busque  
para su alivio, le hace la «qusque»,  
mientras le explotan con un producto  
bien contra el flato, contra el eructo  
o contra alguna nueva dolencia  
de esas que suele inventar la ciencia  
y con las cuales todo se cura,  
pues va el paciente a la sepultura?  
Yo soy, señores, menos nocivo,  
y a que se indignen no doy motivo,  
porque mi invento es, después de todo,  
de aquí de España, pero no godo.  
Que el triunfo es fácil, salta a la vista.  
¡Mientras no sea aquí restringido  
el libre invento del apellido,  
no hay consonante que se resista!

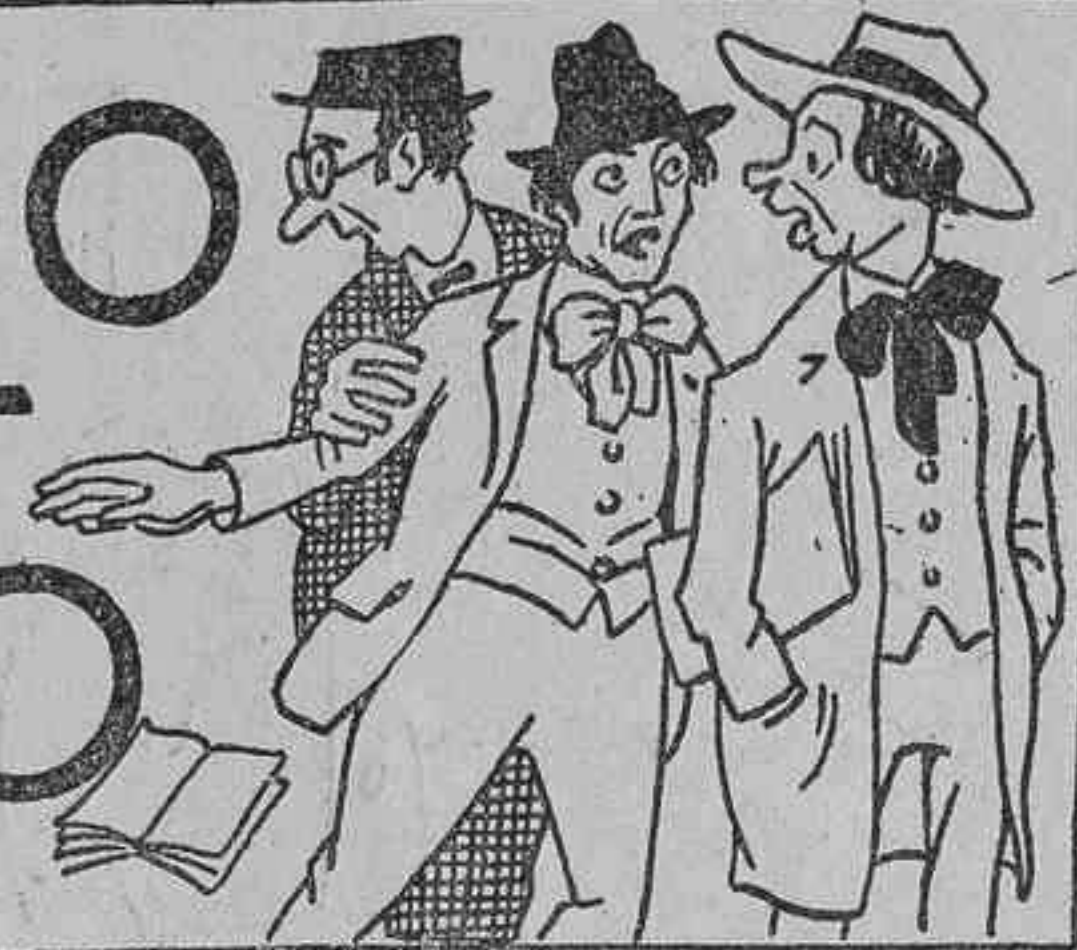
Juan PÉREZ ZÚÑIGA  
(No lo escribió.)



FATALIDAD.—¿Qué descuidado eres, Mateo! Ya te has manchado el abrigo.  
—¿Qué le vamos a hacer! ¡Estaba escrito!



# RETABLILLO LITERARIO



En los escaparates sonríe melancólicamente el rostro enfermizo de Gustavo Adolfo Bécquer. Desde que la devoción de su amigo Rodríguez Correa hizo la edición de su obra—los tres tomos que han leído, emocionadas, varias generaciones—, el nombre del poeta no volvió a ser *actualidad de librería*.

La viuda de Bécquer vendió la propiedad de las *Rimas*, cuentos y leyendas y el epistolario desde el monasterio de Veruela, a un viejo librero madrileño, muy listo para el negocio. Con Bécquer se ha reproducido el sarcasmo de la contrafortuna del talento. Su obra, que sólo le dió dolor y miseria y le exigió el sacrificio de toda su vida, fué dinero abundante para el librero. No sabemos cuánto pagaría a la viuda por la propiedad, ni cuántas ediciones habrá agotado en tantos años. Casi podemos asegurar que no pasaría mucho de mil pesetas. La Biblioteca Nacional abonó por la propiedad de los autógrafos de *Rimas* la cantidad de veintinueve pesetas noventa céntimos—los diez que faltan son de un timbre móvil, para legalizar la compra vergonzosa—. La protección oficial y oficinesca a los poetas no pasó nunca de seis duros en tiempos de la vieja política, y menos aun los gobiernos improvisados que les dejan cesantes. De la misma suma se desprende la Biblioteca por el manuscrito del drama de Eulogio Florentino Sanz, *Achaques de la vejez*.

Recientemente la editorial *Renacimiento* ha publicado una colección de artículos e impresiones artísticas y arqueológicas, dietario de Bécquer vagabundo más que viajero, que quedaron olvidadas o se traspapelaron al hacer la edición primera. Al Sr. Iglesias Figueroa se debe este hallazgo, de gran importancia para

los becquerianos, y las ha agrupado en un lindo libro, con el retrato de Gustavo Adolfo en la portada—el rostro empaldecido y melancólico, con la elegancia de un retrato de Van-Dyk y la luenga cabellera caracolada—. El Sr. Figueroa, fiel devoto del autor de *Maese Pérez, el organista*, ya había escrito antes artículos muy interesantes acerca del poeta comentando intimidades dolorosas que no eran conocidas.

Este nuevo volumen es digno de la fama becqueriana. Es el mayor elogio que se puede hacer. Leyéndolo, hemos reverdecido antiguas emociones. ¿Quién no habrá leído a Bécquer con emoción? Hemos evocado su silueta humana, ya borrada definitivamente entre las espantables tinieblas del más allá; su cuerpo débil, tan maltratado por la estupidez de su época—recordemos los *Suspirillos germánicos*, de que hablaba un poeta académico—y por un destino amargo—tan de poeta español—que le regateó el pan y la gloria en vida. Después de irse, la fama cubrió su sepulcro de laureles. Los ilustres saineteros D. Serafín y D. Joaquín Álvarez Quintero contribuyeron a que se erigiese un monumento a su memoria bajo el cielo mágico de Sevilla. *El sol de los muertos*—no me refiero a una obra del Sr. Linares Becerra, estrenada hace poco, sino a la magnífica frase de Balzac definiendo la gloria—dora bien el recuerdo del triste. Estas *Páginas olvidadas*, acaso fueron escritas en su viejo rincón del café Suizo, remanso de ensueño y de paz durante unas horas en su vivir menesteroso y andariego. Al margen de las cuartillas, en que evocaba el noble espíritu ancestral de las viejas ciudades, acaso trazara unos dibujos como ilustración caprichosa de sus narraciones. Por unos dibujos perdió el destinejo oficial con que el Estado le ayudó un momento a mal vivir. Fué un covachuelista

idiota el que le arrojó<sup>7</sup> de aquella yacija oficial.

\* \* \*

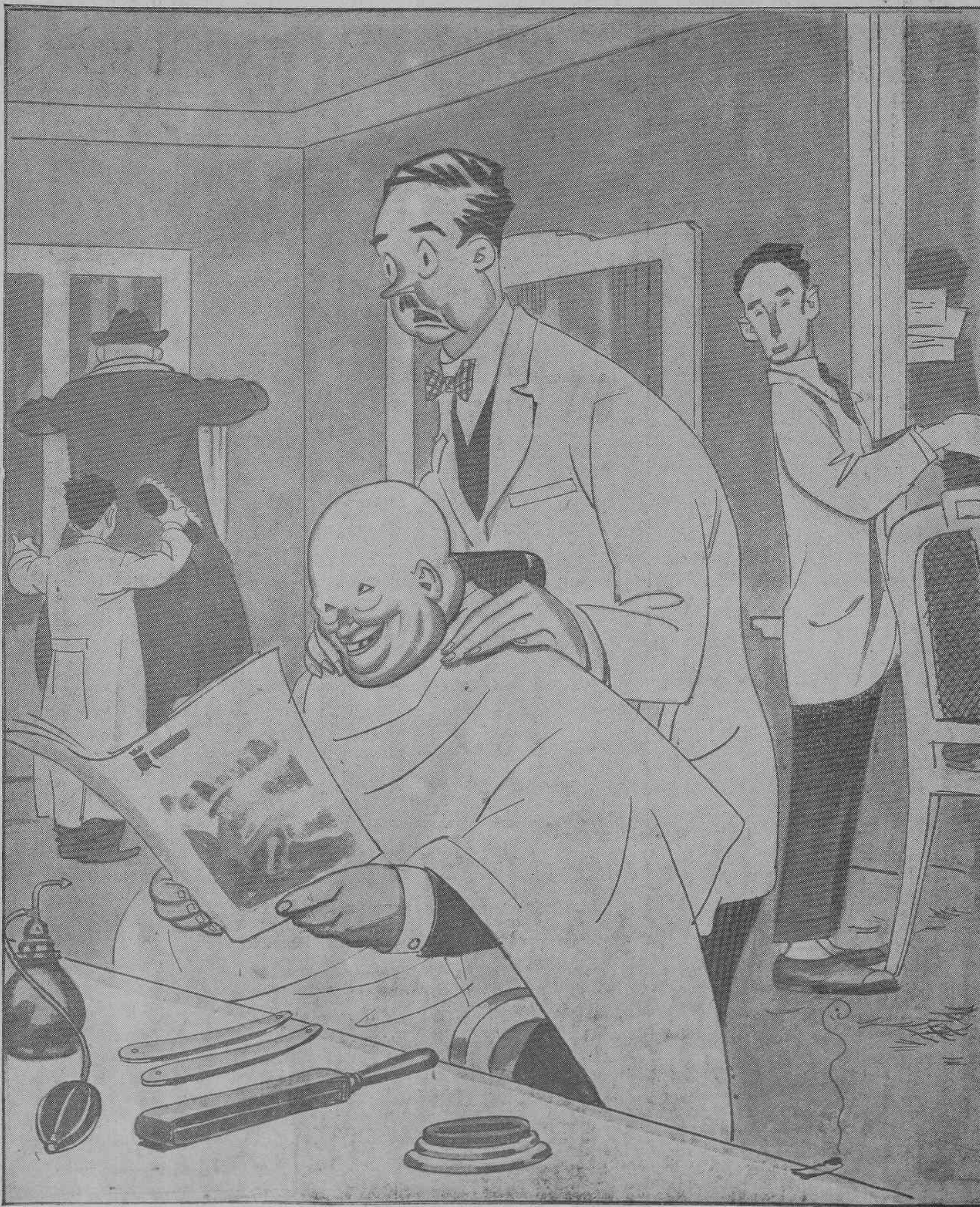
Los periódicos han lamentado mi procesamiento con motivo de una novela. Yo les doy las gracias.

Es una confusión entre lo erótico y lo pornográfico. Mi novela *La Amazona* tiene la aspiración de ser un estudio psico-patológico de una pareja de extraños amantes. Yo me considero muy honrado con que el señor fiscal se haya acordado de mí. Gautier y Flaubert corrieron la misma suerte en Francia. ¡Caramba, yo estoy encantado con la distinción! No intento imponer mis obras literarias como textos de ursulinas, pero protesto enérgicamente de que puedan ser consideradas como causa de escándalo público. Mi intención es artística y mi nombre las garantiza en su moralidad estética, que es la única que debe interesarnos. Artemio Precioso, director de *La Novela de Hoy*, donde se publicó, tampoco es un monstruo de liviandad, sino un escritor de probado talento, y no juzgó mi obra como escandalizante. No estoy arrepentido de haberla escrito. Acaso no habré logrado mi aspiración literaria; pero sé que es una novela de honrada intención científica y de observación de la realidad. Yo no puedo falsificar la vida, la psicología y la carne de mis personajes para complacer a los lectores asustadizos.

Emilio CARRÉRE

Ponemos en conocimiento de todos nuestros colaboradores, que sólo abonaremos aquellos trabajos que hayan sido solicitados por la Dirección de este periódico.





—¿Cómo lo cortamos?

—Le advierto, joven, que los únicos que han logrado tomarme el pelo han sido los fabricantes de específicos contra la calvicie. Por lo demás, déjeme raya a un lado y afeiteme.

## ¡VISTO; PARA SENTENCIA!

Ha dado el galoneado ujier la voz de «¡Audiencia pública!» El montón de gente ha penetrado en la Sala con gran bullicio. La campanilla presidencial ha impuesto silencio. El defensor ha hecho cabalgar mejor sobre su nariz los lentes y ha abarca-



do con sus manos el cabello para ponerlo cuidadosamente al descuido. El fiscal ha empezado a leer el extracto. El relator da cuenta de la acusación y de la defensa.

Togas negras, birretes negros... Caras serias. La Guardia Civil, como monumentos a la seriedad. La sombra del presidio que se presenta en la Sala... La perspectiva de un informe elocuentísimo para producirnos aceleramientos a los latidos cardíacos...

Pero allí en el fondo, desapercibido, el cronista mira de reojo los vuelillos sucios de un magistrado, la calva reluciente del fiscal, el gesto de Magdalena del defensor, el uniforme del ujier, que data de la época de Amadeo, y sonríe..., sonríe con mucho respeto, afila el lápiz y se propone contar lo que observe, lo que oiga y hasta las notas que le envíen los abogados indicando, eso sí, su procedencia...

### ¡Napoleónico!

El brazo señala un círculo con tal majestad, que sólo el gesto conmueve. Después de una pausa prolongada, de mirar al techo en éxtasis, van cayendo unas palabras impresionantes:

—El procesado saldrá de la cárcel bajo el arco triunfal de mi palabra...

Por la ventana llegan los acordes de la *Madelón*...

\* \* \*

### Lo que no es posible.

Todavía duraba al cochero su *melo*pea cuando compareció ante el Tribunal Municipal por haber armado un escándalo epopéyico, pegado a un guardia y recordado a respetables personas de la familia de los inventores de los *taxis*.

El juez, hombre de talento y de elocuencia, posesionado de su verdadero papel de juez de paz, quiso aconsejarle, prevenirle,

—Pensad, desgraciado, en lo peligroso de vuestro vicio siendo cochero. Imaginaos que un día vuestro coche conduce a unos recién casados...

Gesto de asombro del *curda*.

—Les lleváis hacia el hogar arrullándose, soñando días felices en que venga el nene que matice su encanto con sus risinas...

El cochero se lleva las manos a la cabeza.

—De pronto, como el que lleva las riendas está borracho, el coche vuelca...

—¡Arrea!...

—Cochero, habéis contraído una grave responsabilidad, porque de aquella pareja nacería una criatura, y esta criatura podría ser un inventor, un artista que diera días de gloria a la Patria...

Gestos negativos del auriga.

—¿Cómo que no? ¿Os atreveréis a negar esta posibilidad?

—Señor juez...

—Silencio. Habréis con vuestro acto reprochable malogrado...

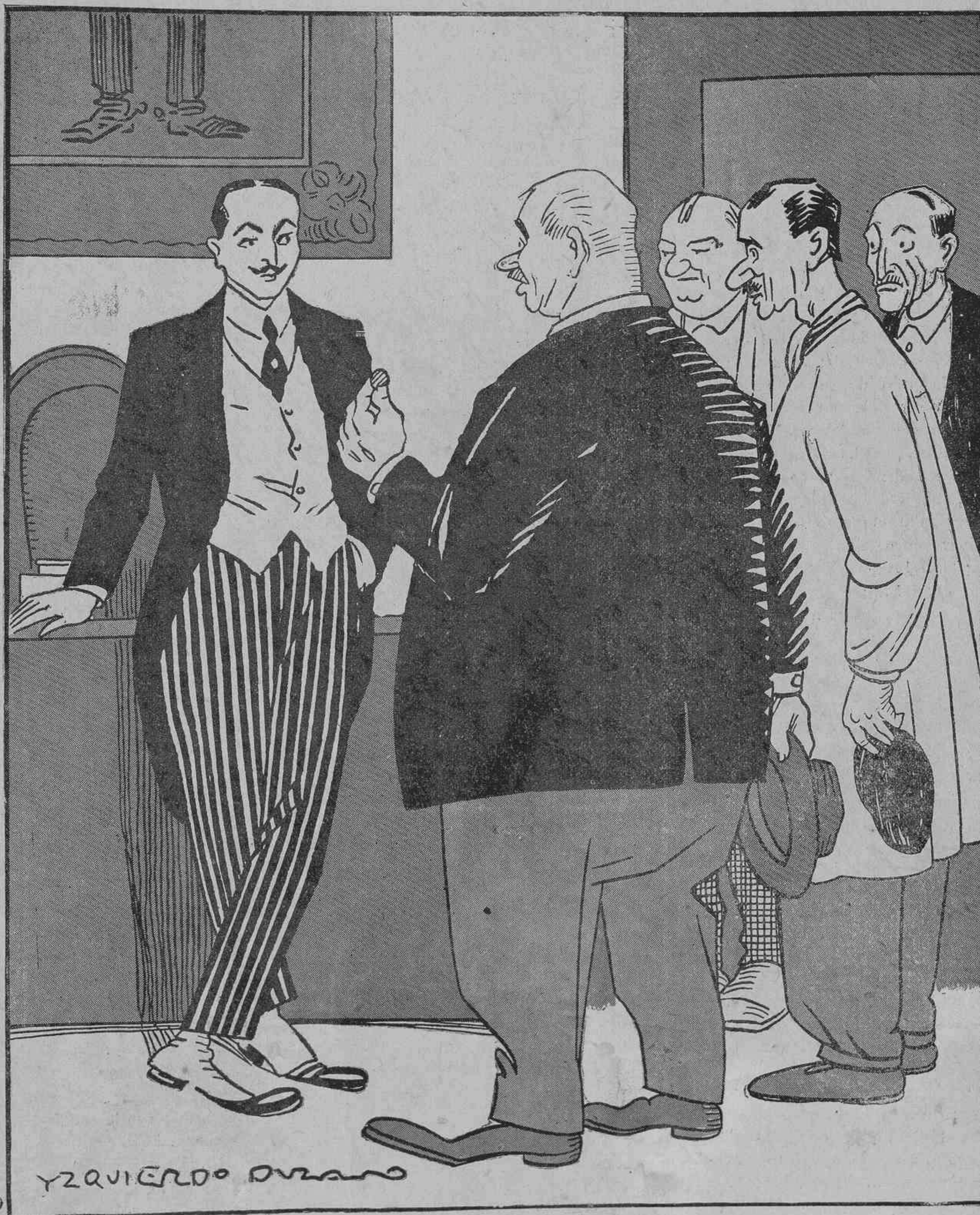


—Que no puede ser, señor juez. ¿No ve que soy cochero de una funeraria?...

El ujier se desmaya y el juez dice con energía:

—¡Visto; para sentencia!...

TORBELLINO



EL CONFLICTO DEL PAN

—¿Le parece a usted, señor alcalde, que la cuestión de si se debe o no subir la harina lo decidamos echando a cara o cruz esta moneda?

—Sería inútil. Estando en vuestras manos, siempre saldrá cara.

## COSITAS

## UNA AVENTURA



pesar de sus blancas patillas, de su aire de conquistador, de su fama de calavera y de su chaleco, de una fantasía completamente oriental, el señor barón de la Bambalina es tonto, tonto, rematada y hereditariamente tonto.

El señor barón ha vuelto hoy a su casa a una hora desusada: a las seis de la tarde. Ha ordenado, muy nervioso, que le den pronto de cenar y que le preparen una maleta con los trebejos más indispensables, pues ha de hacer un viaje imprevisto. Y mientras cumplen sus órdenes, se sienta reposadamente y recuerda la aventura, cuya primera parte va a terminar dentro de un par de horas.

¡Por fin!... ¡Por fin va a conseguir lo que quería!... ¡Dentro de unas horas se fuga con Encarnita!... ¡Y qué muchacha tan especial es la tal Encarnita! Aunque bien es verdad que el barón es un conquistador con técnica y con profundos conocimientos de la psicología femenina. Encarnita es una infeliz. Aun no hace dos semanas que se conocieron, y ya se va a fugar con él. La vió por vez primera, hace doce días, en la calle de Alcalá. Era anocheado. Pasó ante él tan menuda, tan graciosa, con esos ricillos rubios tan encantadores, con esos ojos azules tan deliciosos, que se levantó de un salto de la terraza del Círculo y se apresuró a seguirla. A los dos minutos, ya hablaban; a las dos horas, eran amigos; a los dos días, amantes, y a las dos semanas, ya se iban a escapar. ¡De una rapidez vertiginosa, debida, sin duda alguna, a la buena suerte y, sobre todo, a la inquietante caída de ojos del señor barón!

La fuga era completamente necesaria. El marido de Encarnita, según referencias fidedignas, es un caimán. Sólo con recordarle se ponía Encarna extremadamente nerviosa. Y se lo dijo muchas veces al señor barón: Aquí, en Madrid, no tenía tranquilidad para nada. Era imprescindible poner muchos kilómetros por medio.

El mismo día en que le habló de los malos tratos que recibía del marido, el señor barón la propuso un viajecito por el Mediodía.

—A Sevilla, a Málaga, adonde quieras.  
—Sí, chiquillo; a Málaga. Me han dicho que aquello es muy bonito.  
—Pues nada; decidido. ¡A Málaga!  
—¿Cuándo nos vamos?  
—Cuando tú quieras.  
—¿Pasado mañana?  
—Conformes: pasado mañana. Yo creo que nos dará tiempo para preparar las cosas.

Pero en la entrevista del día siguiente, Encarna le dijo, toda compungida:

—¡Ay, hijo, qué contrariedad! Es imposible. No podemos ir a Málaga.  
—¿Por qué?  
—Porque el que revisa los billetes a la entrada de la estación del Mediodía es un cuñado mío.

—¡Qué coincidencia más antipática! Verdaderamente, es una gran contrariedad. Pero, en fin, todo tiene arreglo. ¿Por qué no nos vamos a San Sebastián?

—¿Ahora? ¡Si creo que en invierno está muy aburrido!

—¡Bah! Un poco de lluvia. ¿Qué nos importa a nosotros eso? Así saldremos menos a la calle y aprovecharemos mejor el tiempo.

—¡Pillín!

—Y no tendré el peligro de encontrarme allí a algún amigo, que siempre es molesto.



—Se me han caído los libros de armonía y de canto.

—No; solamente de canto.

—Bueno; pues iremos a San Sebastián.  
—¿Cuándo?  
—Cuando tú quieras.  
—¿Pasado mañana?  
—Bien.

Pero al día siguiente, Encarna le dijo aun más compungida:

—Está visto, hijo; no nos podemos escapar.

—¿Qué pasa?

—Que tampoco podemos ir a San Sebastián.

—¿Por qué?

—Porque da la casualidad de que uno de los guardias que vigilan permanentemente la estación del Norte es íntimo amigo de mi marido.

—No hay que apurarse, chiquilla; no hay que apurarse... Nos iremos a Portugal.

—Tampoco puede ser. Uno de los de la taquilla de la estación de las Delicias es mi tío Serapio.

—Pero, hija, ¿quién te manda tener toda la familia y todas las amistades en los ferrocarriles?

¡Ay, qué desgraciada soy, Chuchín mío!

—No nos podemos escapar. Ya has visto mi buena disposición, pero no puede ser. ¡Como no quieras que vayamos a Arganda!

Encarnita entonces dió un grito de alegría, y dijo:

—¡Qué tontos somos!... ¡Pues claro que nos podemos escapar! .. ¡Si es sencillísimo! Verás: cogemos un *auto*, nos vamos en él hasta Aranjuez, y allí tomamos el tren, sin el peligro de que nos vea mi cuñado, ¡y a Málaga!

—¡Pues es verdad!... ¡Qué talento, chiquilla, qué talento tienes!

—¿Cuándo nos vamos?

—Cuando tú quieras.

—¿Pasado mañana?

—Pasado mañana.

Y al recordar todos estos detalles mientras cena rápidamente, el señor barón de la Bambalina sonríe satisfecho. ¡Ya no faltan más que tres cuartos de hora para la cita!... ¡Ya va a ser suya Encarnita!

Y, por cierto, ¡qué especial y qué rara es esta Encarnita! ¡Qué caprichos tan extraños son los suyos! El barón recuerda ahora uno de ellos. Encarnita le dijo que quería le escribiera una cartita firmada, no por Chuchín, que es el nombre familiar, sino por el barón de la Bambalina. A éste le extrañó mucho el tal caprichito.

—¡Si es un antojillo, nene!... Pero vamos a ver: ¿tú no eres el barón de la Bambalina? ¿Pues por qué no vas a firmar una carta, sólo una, con ese nombre y no con *Chuchín*?

Y como el señor barón es tonto, tonto, rematada y hereditariamente tonto, aquella misma tarde la envió una cartita, en la que le llamaba encanto, tesoro, ilusioncita, etc., y firmada por *El Barón de la Bambalina*.

La cena ha terminado. El barón recoge el maletín y da orden al criado de que prepare la ropa en los baúles y que se los facture a Málaga. Mira el reloj de pulsera. ¡Uf! No faltan más que veinticinco minutos. Y baja las escaleras corriendo y pensando en si encontrará pronto un *auto*. Cuando llega a la calle no tiene más remedio que bendecir su buena suerte. Parado ante la puerta hay un *taxi*. Se acerca y pregunta al *chauffeur*:

—¿Podría llevarme a Aranjuez?

—¿Cómo no? ¡Adonde el señor me mande! —contesta el mecánico, extremadamente amable.

—Bien. Vamos ahora a la esquina de la calle de los Madrazo con la del Marqués de Cubas. Y luego seguiremos para Aranjuez.

—El automóvil sale disparado. Cuando llega al lugar antedicho, se para. Encarnita ya está esperando. De un salto sube al coche, y el *chauffeur* reanuda la marcha.

—¡Por fin! —suspira el de la Bambalina—. ¡Hoy estás guapa de veras!... Estás encantadora, linda, bonita...

Sigue una colección de adjetivos. Comienza el idilio. Todo va viento en popa. El *auto* corre ya por las afueras de Madrid. Y en esto, Encarna da un grito de angustia.

—¿Qué te pasa?

—¡Ay, *Chuchín*!

—¿Qué, hija, qué?

—Que el *chauffeur*...

—¿Qué le pasa al *chauffeur*?

—¡¡Que es mi marido!!

El señor barón se puso lívido.

—Pero ¿cómo no te has fijado hasta ahora?

—¿Qué quieres? Hasta ahora no lo he visto —respondió Encarnita, toda asustada.

—¿Y cómo lo has conocido de espaldas? —pregunta el barón, después de un rato de profundas meditaciones.

—Lo he conocido por un lunar que tiene en el cogote.

El señor barón de la Bambalina está tan asustado y tan nervioso, que no cae en la cuenta de que es imposible que Encarna vea el cogote de su marido, por la sencilla razón de que éste lleva el cuello de la pelliza subido y le llega hasta más arriba de las orejas.

El *auto* vuela por la carretera. Encarna gime acurrucada en un rincón. Y el de la



—Vamos a descansar aquí al pie del árbol.

—No, Pepín, porque Adán y Eva pecaron así.

—Pero era al pie de un manzano, y éstos son pinitos.

Bambalina vislumbra una leve esperanza. Si Encarna ha podido subir al coche sin ser vista, ¿no podrá bajar en Aranjuez sin que tampoco el *chauffeur* se dé cuenta? Pero en aquel momento y en el lugar más oscuro de la carretera, el automóvil se para en seco.

El *chauffeur* se baja de un salto, se acerca a la portezuela, la abre y asoma la cabeza.

—¿Una avería? —pregunta el señor barón, dando diente con diente.

—Sí, una ligera avería.

—¿Estamos ya cerca de Aranjuez?

—¡Phs! —contesta el mecánico, encogiéndose de hombros.

—¿Podremos reanudar pronto la marcha?

—¡Ya lo creo! Es cosa de un...

Y de pronto exclama:

—¡¡Encarna!! ¿Tú aquí?

Al señor barón de la Bambalina le entra un temblor extraordinario.

Pero, sin duda, el *chauffeur* es un hombre de sangre fría. No grita, no gesticula, no mueve los brazos descompasadamente, no se mesa los cabellos. Sólo dice con la voz más natural del mundo:

—Bajaos los dos del coche.

Y cuando ya están en tierra, saca un revólver, que al barón le parece de un tamaño enorme, le apunta y le dice, entregándole una estilográfica:

—El libro de cheques. Sáquelo. Extiéndame uno de diez mil pesetas.

El de la Bambalina obedece, no sin maldecir antes del inventor de las estilográficas.

—Firme usted.

El barón firma.

—¡A ver, Encarna! Saca la carta que te envié con la firma verdadera, para asegurarme de que la del cheque no está mal hecha.

Encarna, la adorable mujercita rubia, saca la carta en que la llamaba encanto, tesoro, ilusioncita, etc.

El marido compara las firmas, se guarda el cheque en el bolsillo, mete a su mujer en el *auto*, lo pone en marcha, da un viraje y lanza el coche a toda velocidad.

Y mientras el *auto* vuela vertiginoso hacia Madrid, el señor barón de la Bambalina se sienta en la cuneta y se pone a contemplar la luna, pensando en su buena suerte y en su inquietante e irresistible caída de ojos.

Antonio GASCÓN

## LOS «CABARETS»

Aun cuando me esté mal y feo el decirlo, yo soy enemigo irreconciliable de los *cabarets*. Me hacen bostezar hasta descajarse la mandíbula, por impulso invencible; y desearía que desapareciesen, no por nada, sino por cursis.

Eso de ir en plan, eso del *whisky*, de la caraba, de la vértiga, de la bronca bien, de la orgía mal y de la cerveza peor, me parecen pamplinas de una literatura *ad hoc*, literatura mala; todo mal escritor la hace bien.

Yo digo lo que veo, y, por cierto, no veo lo que dicen. A esos lugares de tedio y de insulsez reconocidos, véase la clase, van por lo regular mujeres feas, bien vestidas, es decir, vestidas lo menos posible, y además no importa, como dijo el poeta. Van unos pollos de andares lacios, de gestos que denotan hastío de la vida, remedando una idiotez interesante. Muestran cansancio en vez de arrogancia; y para exagerar su desmadejamiento, bailan el camello, el dromedario y el canguro al son de la disparatada batahola que arma un pobre negro en la cocina del local.

Nunca falta la riña, su poco de *boxe*, con que amenizar el aburrimiento absoluto. Absoluto, diga Einstein lo que quiera. No somos sinceros. Usted, lector, va a uno de esos antros, donde el café cuesta dos pesetas y la propina tres; inspecciona usted detenidamente; busca, ávido, una emoción; aguarda... y nada: la diversión no se ve por ninguna parte.

Pero al otro día, para que le creana usted que efectivamente ha pasado la noche en el «Solar-Palace» o en el «Lathon-Jazz», se ve usted precisado a decir a sus amigos: — ¡Chicos, bestial! ¡Qué noche pasé anoche! Fuí a un *cabaret*, y brutal. Bailé doce *fox* con la *Estropajete*. ¡Qué interesante está ya esa chica!... La caraba. Cené con la Lulú, la Loló, la Lelé y la Lili; tuve bronca con un amigo íntimo; le pegué a un camarero; en fin, la órdiga. ¡Ah! ¡Y el tutiplén!...

Y sus buenos amigos se quedan asombrados, soñando tener las dos pesetas para ir en plan. Una de las cosas que los *cabarets* nos trajeron, fué la cocó. Me refiero, para evitar falsas interpretaciones,

a doña Cocó: una droga paradisíaca; la vulgar cocaína, que lo mismo se emplea para la extirpación violenta de un callo rebelde que para anestesiar el sentido común y procurar edenes contrahechos.

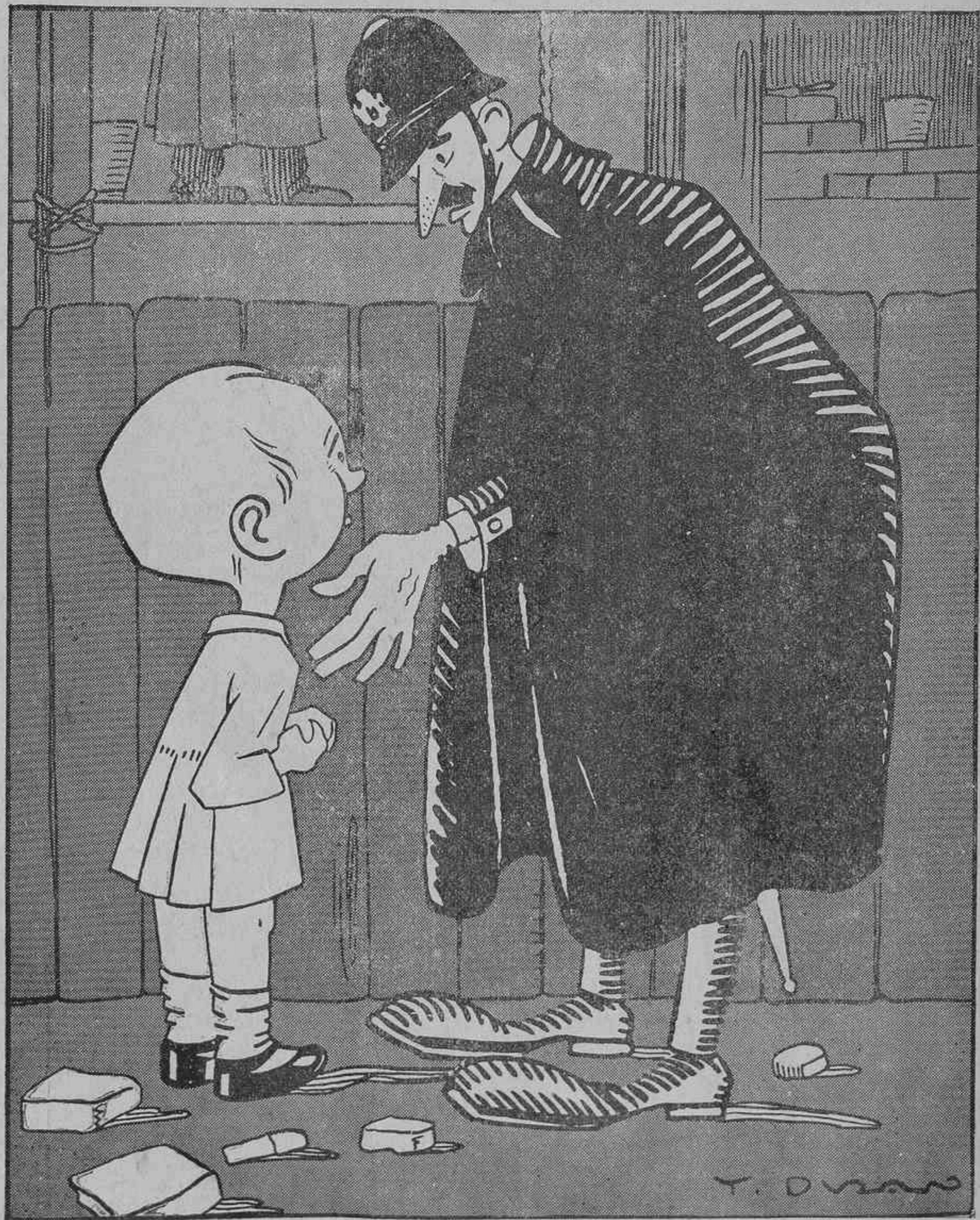
Pues sí: con meterse por la nariz esa sustancia hipnótica, decir ¡bestial! a

todo momento, mencionar la caraba y armar cisco a la hora del *apoquinen*, ya uno es un *snob*, ya uno es un sujeto *bien*.

Esto es cursi. Taboada, el lince, lo diría muy certeramente en un fondo de este MADRID CÓMICO.

Una ex cocinera en el *cabaret*, tomando cocó y diciendo: «¡Chica, bestial!», no puede parecerle fino a Taboada. Ni a nadie.

José BRUNO



### UNA BUENA OBRA

EL GUARDIA.— Vete de aquí, hijo mío, que si te cae un ladrillo en la cabeza, van a tener que coserte la herida a máquina...

## CONSULTORIO DE AMOR

## Entresacados por mí de un semanario elegante

*Una rubia.*—Es muy extraña la carta de usted, señorita. ¿Que está enamorada? ¿Que ha puesto su amor en un imposible? Es imposible que su amor sea imposible. En la vida es todo más o menos fácil, pero imposible...

*Una rubia.*—Bien, señorita; no tiene usted mal gusto. Las señas que del dueño de sus pensamientos me da, indican que es usted una experta conocedora de la belleza masculina. Pero no bastan los detalles físicos para que yo pueda aconsejarla. Dígame algo sobre los gustos y modos de pensar de él.

Lo mejor para las manchas es el aguarrás.

*Una rubia.*—¿Dice que no sabe nada de la psicología de él? ¿Cómo es posible? Haga por tratarlo y descubrir sus aficiones.

Para las manchas es bueno también el café.

*Una rubia.*—¡Ya tenemos otra vez la aterradora afirmación de que «es imposible»! No desespere y use con él de todas sus seducciones, que no serán pocas.

Las manchas se quitan con café, pero sin mezclar éste con leche.

*Una rubia.*—¿Que no hay seducción posible con ese hombre? ¿Es acaso de cartón-piedra? Háblele y poco a poco haga por demostrarle el interés que hacia él siente.

Pruebe con amoníaco.

*Una rubia.*—Si esa imposibilidad estriba en que él está ausente, escríbale con un fútil pretexto y procure entablar correspondencia.

*Una rubia.*—¿Que no le puede escribir? ¿Que su amor es imposible? Ya lo dijo, señorita, en su primera carta. ¿Vive en una isla desierta? ¿Es casado? Me parece conveniente que, para yo poderle aconsejar, me diga todo lo que sepa referente a él.

¿Tampoco se quita la mancha con amoníaco? Pruebe a ver si con bencina...

*Una rubia.*—¿Que le da vergüenza? Hágase cuenta de que yo soy su confesor. De ningún modo me parecerá usted cursi, señorita.

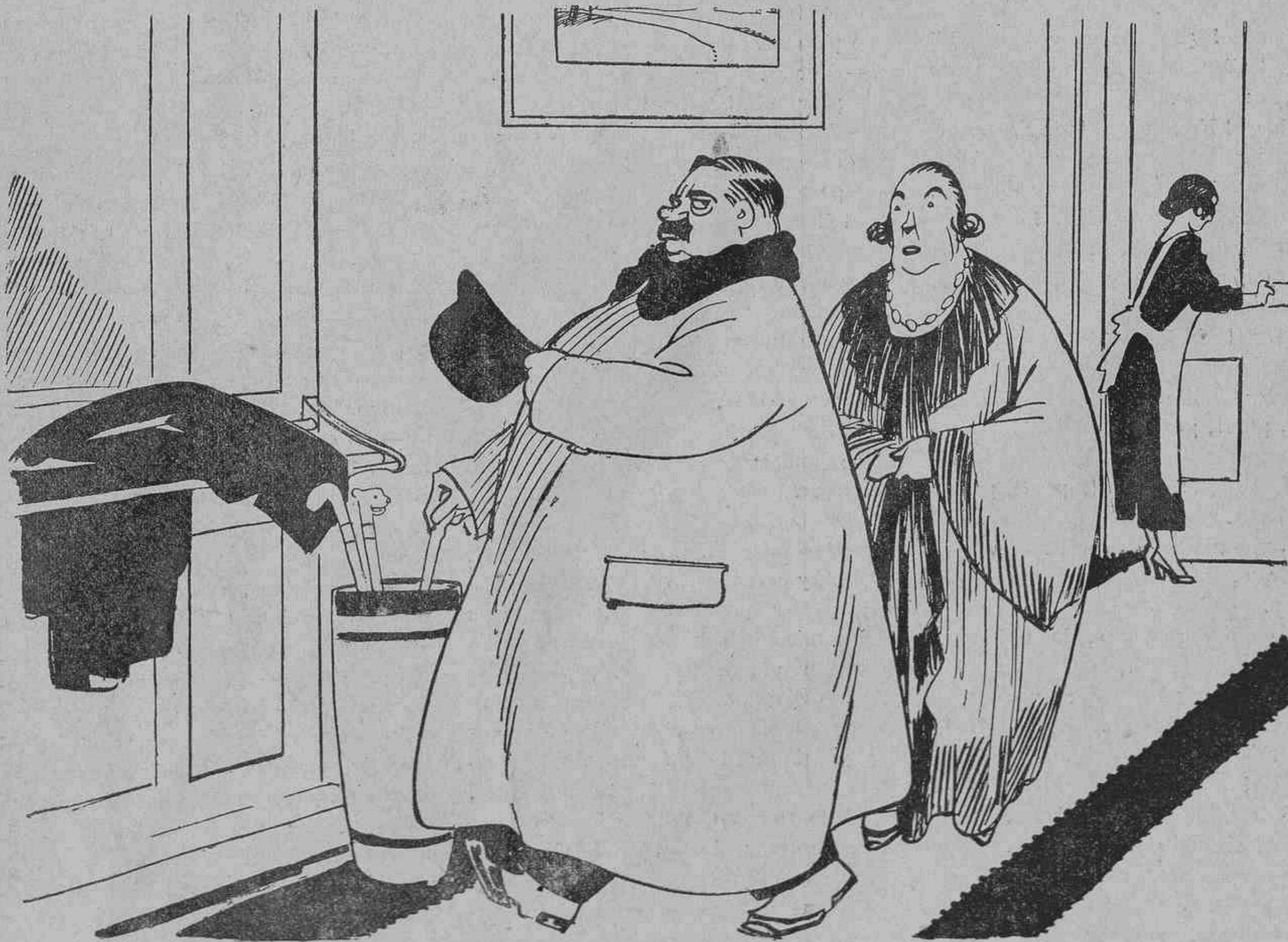
Voy creyendo que hay dos cosas imposibles en este mundo: su amor y el quitar esa mancha.

*Una rubia.*—¡...! Señorita: si usted es tonta nadie tiene la culpa de ello, y menos yo. No se acuerde más de que existe este «Consultorio de Amor». ¡Razón llevaba en decir que su amor era imposible y que la creería una cursi! ¡Enamorarse de Felipe II por un retrato que de él ha visto en el Museo! ¡Idiota!

¡Ah, el traje lo puede enviar al tinte y allí le quitarán la mancha! ¡Qué lástima que no haya tintes de quitar idioteces!

*Nota.* Posteriormente he sabido que el redactor encargado del «Consultorio de Amor» fué despedido por insultar a una lectora.

J. SANTUGINI Y PAKADA



—Este sombrero no es mío. Este sombrero me está grande.  
—¡Por Dios, Lorenzo! Eso es que se te mete en la cabeza.



# LO QUE PASA EN EL TEATRO

BENIGNA Y DOÑA SEVERA

HACEN CRÍTICA SINCERA

—¡Hola, Benigna!... ¡¡Buenas tardes, Benigna!... ¡¡¡Que la estoy saludando, Benigna!!!... ¿Se ha quedado usted sorda?

—Casi, casi. Y usted disimule, doña Severa.

—¿Por qué no va usted a una consulta para que la vea el otonaringólogo?

—Yo no dejo que me vean eso ni a tiros.

—Le advierto a usted que se trata de un especialista en afecciones del oído y de la nariz. Él la dirá de dónde proviene esa sordera.

—De las palmas.

—¡Canario! ¿Cuándo estuvo usted allí?

—¿En la Zarzuela? El día del estreno de *Los gavilanes*.

—¡Ah, ya! No había caído. ¿De modo que la dejaron a usted como una tapia?...

—Los aplausos al maestro Guerrero. ¡Qué barbaridad, qué ovaciones!

—Excesivas, sí, señora. No puede estar quejoso Jacintito del público de Madrid. Se le aplaude todo.

—¡Ya, ya! No hizo más que salir de aquel agujero que hay debajo del escenario, coger el palito pa dirigir la orquesta, y ¡plaf!, ¡plaf!, ¡plaf!, una ovación enorme. Se rascó las narices, porque se conoce que le picaban, y ¡plaf!, ¡plaf!, ¡plaf!, otra ovación. Sacó después el pañuelo pa sonarse, y también le ovacionaron.

—Es que, como músico, se «suen» muy bien.

—Lo que le digo a usted, doña Severa, es que los estrenos así, tan bien preparados, dan gusto. ¡Qué de «bravos» y de aclamaciones! Parecía que iba a hundirse el teatro.

—No sería el primero que se ha hundido con obras de éxito semejante.

—Pues a mí me gustó «la mar». Sobre todo, lo que canta un tal Vendrell, que es catalán, según dicen, aunque a mí, por el traje que saca, me pareció gallego.

—Es la ropa que usaban en Provenza a mediados del siglo XIX.

—Está bien conservada.

—Y García Soler, ¿no le gustó?

—¿Quién es ése? No me acuerdo.

—El que hace de indiano y viene del Perú hecho un merengue, cantando, con música de *La montería*, una romanza que ¡hay que ver!

—¡Ah, ya! ¿El viajante en ropa blanca, que ganando dinero se debe haber hinchado, porque saca una tripa de canónigo?

—El mismo.

—Sí. También me gustó. Canta de primera y tié un metal de voz muy bonito.

—¡Vaya si tiene «metal»! ¡Como que gana treinta y cinco duros!

—¿Al mes?

—Diarios.

—¡Caracoles!

—Pues Sagi-Barba no ha venido porque pedía cuatrocientas pesetas por noche.

—¡Ochenta duros de canto! ¡Qué atrocidad! Comprendo que se formen tan pocas compañías de zarzuela. ¡Cualquiera se mete a empresario teniendo que pagar cuatrocientas pesetas por Barbal!

—El barítono de los calderones vale mucho y debe obligar a las Empresas a pagar la «luz».

—Se ve que tié «quinqué» pa eso.

—«Quinqué» y «vela». Pero volvamos a *Los gavilanes*. ¿Usted cree, Benigna, que fué un éxito franco?

—El primer acto, sí; el segundo..., así, así, y el tercero..., santificar las fiestas; es decir, que el público, teniendo en cuenta que por la hora estábamos ya en la madrugada del sábado, y el sábado era festivo (día de la Purísima), no quiso pecar tomándose el trabajo de aplaudir, y dejó que la *clá* pecase sola rompiéndose las manos a fuerza de hacerlo, para que no se nos olvidase la cara seriosa de Ramos y el *smoking* de Guerrero, que también es una cosa seria.

—Recuerde usted que algunos protestaban.

—Sin razón. La obra está bien y meterá ruido.

—Lo meterá, sí, señora. La música

del maestro Guerrero lo mete siempre. ¿No ha reparado usted en lo que trabajan durante la ejecución de sus obras los pobres trompas, trombones, timbaleros...?

—Y los «bomberos» y los «cajeros», es verdá. Así vuelve loco al público. Yo, por mi parte, puedo asegurarle a usted que cuando oigo tanto ruido me pongo nerviosa y estoy deseando que se acabe pa desahogarme aplaudiendo, porque si no, tendrían que darme *antiesplasmódica* de esa pa los accidentes.

—No le ocurriría a usted eso con el pálido Rosillo y el moreno Torroba, autores, con Muñoz Seca y Pérez Fernández, de *La mujer de nieve*.

—No. Esos escriben una música más «económica».

—¿Más «económica»? ¿Por qué?

—Porque no hacen tanto uso del «metal». Conque les den «cuerda», tién bastante.

—Y les sobra. Tanto Ernesto como su colaborador son dos excelentes compositores de capacidad suficiente para salir airoso de cuantas empresas confusas y semiconfusas se les confíen.

—Pa confusas, las situaciones de *La mujer de nieve*. ¿Querrá usted creer, doña Severa, que yo, viendo la obra, no sabía si reír, o llorar, o enfadarme, o divertirme?

—De todo hay en la viña del señor Muñoz Seca. Chistes astracanescos, versos ampulosos que parecen de Marquina, porque «la mar» de quina nos hacen tragar; imágenes poéticas que debieron ser sagradas y respetadísimas, cual la del *marrón glacé*, que algunos encontraron sacrilega, y con razón, pues resulta poco católico meterse a hacer imágenes con una castaña...

—Usted, doña Severa, siempre criticando.

—Para eso entro gratis, hija mía.

—Ya, ya se le conoce.

Por la transcripción,

EL BOMBERO DE SERVICIO



## LA GRACIA EN EL LIBRO

## «CANTAS Y... CANTOS»

«Cantas y... cantos» titula Luis Sanz Ferrer su libro, y es una colección de cantas y cantos. Esta verdad, que podría firmarla el ingenuo Pero Grullo, la escribo para indicar desde un principio que también yo soy aficionado a decir verdades, y ahí van dos:

Luis Sanz Ferrer es el mejor escritor de coplas baturras, y es además un humorista formidable. De las dos cosas estoy yo convencido, y voy a tratar de convencerlos.

La copla popular, en la mayoría de los casos, nace en la humildad anónima de quien no tiene padre conocido. La inspiración de un hijo del pueblo, poeta ignoto e intuitivo, es quien espontáneamente la concibe al influjo poderoso de una emoción fuerte y honda. Lanzada al viento sin otra vestidura que la dulce y sencilla melodía de un canto típico, el pueblo la recoge, la extiende y la da carta de naturaleza, porque en ella va su alma brava o sentimental, sus costumbres y sus modismos, su propia carne en cuatro versos, algo muy suyo, en fin; esta es la copla popular.

Cantos hay en el tomo que reflejan los sentimientos nobles y buenos del pueblo aragonés, con delicadezas y ternuras de madrigal; pero dadas las características de MADRID CÓMICO, limitaremos nuestro comentario reproduciendo algunas de las abundantes coplas cómicas y humorísticas que avaloran el libro de Luis Sanz Ferrer, en cuya gracia, como dice muy bien el epílogo del notable escritor señor García Arista, «el chiste brota al contacto de dos ideas».

Muchos más elogios podría dedicarle al autor; pero el espacio falta y justo es que a sus «cantas» lo dediquemos, ya que ellas, mejor que el comentario elogioso más entusiasta, podrán demostrar a ustedes el valor positivo de Luis Sanz Ferrer, que es, como dije antes, no sólo el mejor escritor de las castizas «cantas» aragonesas, sino también un humorista formidable.

Leánlas, leánlas, y me darán la razón.

Carlos MARZÁN

## «Cantas»

Tu padre me pidió un duro  
ayer, cuando a *vete* fuí.  
¡Vaya un modo de decirme  
que no *güelva* por allí!

En este mundo no sé  
quién es el listo y el torpe:  
si el que ve crecer la hierba  
u el otro que se la come.

Cuando me den *sepoltura*  
que me dejen un pie *ajuera*;  
quiero que sobre mi fosa  
*¡haiga* una *planta* siquiera!

Ayer se fué la alcaldesa;  
no sé cuándo volverá;  
ya tenemos al alcalde  
de primera *autoridá*.

Con patatas *m'acontento*;  
que, cuando me dan jamón,  
es porque el jamón es malo  
u porque estoy malo yo.

Desde que amanece el día  
hasta que el sol se despide,  
te veo haciendo bolillos,  
bolillos... con las narices.

Andas *dijendo* por ahí  
que me mantengo del aire;  
de eso te mantienes tú...  
¿No toca el trompón tu padre?

Veo que has *pintao* de verde  
la baranda del balcón.  
No sabes qué *descurrir*  
*pa* llamame la atención.

Luis SANZ FERRER



—Me gustan los escritores italianos por lo románticos que son; y los rusos, ¡oh!, los rusos son de abrigo.



MANUEL REDONDO

LA DONNA E MÓVILE

—La vecina del principal, desde que vivo en el segundo piso de esta casa, ¡me mira siquiera! ¡Con razón dicen de ella que olvida a los hombres en un segundo!

CHISMES y CUENTOS

Hay quien se queja de la incultura de los cocheros diciendo que están atrasados.

—¿Qué van a estar «atrasados»? Están «en punto».

Un periódico alemán dice que las corrientes de aproximación iniciadas entre Italia y España, tienen todas las simpatías de Inglaterra.

Lo que hace falta es que no se corte la corriente.

Una vela apagada no alumbra; pero, en cambio, no se gasta; cosa extraña: los mortales, cuando estamos a dos velas, nos pasa lo mismo.

En los Alpes, según dicen, hay una fábrica de cemento fundido, y según he sabido por una hormiga, en mi jardín hay —agárrese usted— hormigones armados.

Enrique Ford, el constructor de automóviles, cuenta con cinco mil millones de pesetas—eso es contar—, y además tiene la suerte de que su señora, sin estar loco, le da la razón en todo.

Es lo que dirá ella para su capote: —A mí, plim. Yo siempre en «todo confort».

Según un sabio indio, no existe la ignorancia, pues al saber que no se sabe nada, se sabe algo.

SAL OMÓN



EL GUASÓN AL CONSERJE

—¡Cuidado, amigo, que se le escapa a usted un cuadro!

(Dib. Zapata)

Correspondencia particular

J. y J. C., hermanos.—Lo menos que debían ustedes conocer es la ortografía. ¡Con tantos centros docentes y decentes como hay por ahí!

E. E. de V.—...¡Que no puedo ser!...

Athos, Coruña.—El retablo literario lo hace nuestro compañero Emilio Carrère. La «Epidemia» que nos envía ¡es una tragedia!

E. S. P.—Donde usted leyó «novelas», decía «noveles». No nos conviene su novela policiaca.

J. A. C.—Está bien. Se publicará.

El Europeo Negro.—¡¡Afri-

cano!! ¡Aprenda usted a escribir!

NOTA.—No devolvemos los originales ni sostenemos acerca de ellos otra correspondencia que la de esta sección.

PASATIEMPOS DE "MADRID CÓMICO,"

(Véanse las condiciones de este concurso en nuestro número 2.)

14.—REFRÁN

El chalán.—¿Compra usted este caballo?

El comprador.—No; quiero el otro, que es más grande.

El chalán.—Está cojo y no puede andar.

—No importa. Me lo llevo.

15.—MURIÓ TRÁGICAMENTE

NOTA 6 NOTA

16.—EN LOS AUTOMÓVILES

AJUSTADO

NOTA

17.—ÁRBITRO

P

POLO

10

18.—PARA LA GUERRA

10001

T

A

PERSONA

19.—SEPARACIÓN

LÁZARO

R

1010

20.—DRAMATURGO

NEGRO

ARMAS DE PORTUGAL

EL MEJOR 

---

---

---

---

PURGANTE

# Aguas de Carabaña

MADemoiselle ESTEBAN LETURIO

EXPOSICIÓN DE MODELOS DE SOMBREROS DE PARÍS EN SU  
SALÓN DE LA CALLE DE SAN BERNARDO, 13, PRINCIPAL  
ACADEMIA DE CORTE Y CONFECCIÓN DE VESTIDOS Y SOMBREROS

SAN BERNARDO, 13, PRINCIPAL

MADRID



*Luis Buñuel*

CUESTION DE NOIAS.—¿Por qué el «sí», bella Fifi, no me das?  
—¡Ay, viejo Poll! A tu edad, en vez del «sí» es mejor que te dé el «Sol».

IMP. F. MOLINER.